MINISTERIO
DE POLÍTICA
TERRITORIAL

GABINETE DE PRENSA

INTERVENCION DEL VICEPRESIDENTE TERCERO DEL GOBIERNO EN EL ACTO DE PRESENTACIÓN DEL LIBRO "AYUNTAMIENTO DE SEVILLA. TREINTA AÑOS"

Sevilla, diciembre de 2009

Quiero, en primer lugar, agradecer de manera muy sincera la invitación que me ha hecho el Alcalde para participar en el acto de presentación de este libro sobre los treinta años de democracia en el Ayuntamiento de Sevilla. Para mí es una gran satisfacción poder recordar y poner en valor lo que han significado estas tres décadas de progreso para esta gran ciudad, la capital de Andalucía y para España en general.

Por ello, permítanme que no deje pasar más tiempo sin dar mi enhorabuena más cordial a los autores del libro, *Rafael Rodríguez Guerrero, Manuel Vicente Navas y Enrique Benigno Montero de Espinosa.* Se trata no sólo de un excelente trabajo de investigación histórica y periodística, sino también de un brillante y emotivo ejercicio de recuperación de la memoria de la ciudad, una memoria que hay que cultivar, porque nuestros pueblos y ciudades no están hechos sólo de edificios, calles o plazas sino que su identidad se forja a través de su recorrido histórico y se enriquece al transformarse, manteniendo sus esencias.

Las ciudades que ignoran o desprecian su historia son ciudades sin alma, intercambiables unas por otras, y que asisten enajenadas e indiferentes al discurrir de los tiempos. Por el contrario, las ciudades amantes de su historia, como lo es Sevilla, son conscientes del valor de su trayectoria, se sienten protagonistas de los acontecimientos y, en consecuencia, orgullosamente seguras ante el porvenir.

Pues bien, este libro cuenta una historia que, en ciertos aspectos, tiene mucho de epopeya. La historia de una ciudad y de unos ciudadanos que supieron, en un momento dado, y parafraseando al poeta, que la democracia es un arma cargada de futuro.

En aquella primavera de 1979 se inició un nuevo modelo de convivencia y de participación democrática de los ciudadanos, con el que nuestros pueblos y nuestras ciudades han experimentado una transformación social histórica. Y estando aquí, creo que podemos coincidir en que en ningún otro periodo, Sevilla ha crecido y ha progresado tanto, en todos los aspectos, como en estos últimos 30 años.

Se ha trabajado mucho en todo este tiempo. Bajo el mandato de cuatro alcaldes, y de una alcaldesa, este libro nos cuenta cómo 198 personas, 143 hombres y 55 mujeres, han sabido responder al gran honor de representar a la ciudad de Sevilla y de poder dedicar sus esfuerzos a la colectividad municipal.

Ésta es, por tanto, una buena ocasión para agradecer la labor de todas esas personas que han dado lo mejor de sí para contribuir al asentamiento pleno de la democracia en nuestra sociedad, que hoy es una realidad, y para hacer de su ciudad, de Sevilla, una ciudad mejor.

Particularmente me gustaría hacer una mención singular y muy cariñosa a todos aquellos que hoy no están ya entre nosotros. Con ella, expresamos el homenaje de toda la sociedad a aquellas personas que nos han dejado pero que siempre tendrán un lugar

en nuestra memoria y en nuestro sentimiento porque desarrollaron un ejercicio de honestidad y de dedicación plena con el que consiguieron que los ciudadanos confiásemos en las instituciones democráticas y en sus representantes.

Un recuerdo que se torna muy especial en este consistorio, al evocar la memoria de Alberto Jiménez Becerril y su esposa Ascen a quienes nunca dejaremos de tener presentes.

Ese trabajo de muchos años de todas estas personas, con el apoyo de la ciudadanía, se ha traducido en hechos tangibles y visibles, con mejoras en las calles, con nuevas dotaciones públicas, con más equipamientos y más modernas infraestructuras.

Actuaciones todas ellas que han supuesto una extraordinaria transformación de Sevilla correspondiendo a las demandas de los ciudadanos y siempre con un gran objetivo: convertir a Sevilla en una ciudad más amable, más integradora, más avanzada, más próspera y más justa para todos los que en ella residen.

Porque esa idea de fondo, que trasciende la de los Ayuntamientos como meros prestadores de servicios, es una de las grandes aportaciones de estas tres décadas transcurridas desde 1979.

Hasta ese momento los ayuntamientos, y en realidad todas las administraciones, trabajaban de una manera distante de las demandas ciudadanas. Sin embargo, las Corporaciones Locales constituidas tras la aprobación de la Constitución empezaron a afrontar la realización de una serie de actividades que hasta aquel momento no habían figurado nunca en la planificación del trabajo de los representantes municipales.

Me refiero a la dotación de los servicios y equipamientos de cada barrio, en el aumento de la calidad urbana en general; a la atención a las personas mayores y dependientes; al impulso de acciones integrales para la juventud; a la conservación, promoción y mejora del medio ambiente; a la difusión y promoción de las señas de identidad local; al fomento de la práctica deportiva; a las facilidades para la educación, haciéndola universal para todos los ciudadanos; al acceso a la cultura; a la creación de empleo y al desarrollo industrial y económico; y otros tantos servicios que han hecho mucho más rica y más compleja la labor municipal.

Hoy toda esta actividad local nos parece normal ya que el Ayuntamiento es la administración más cercana a los ciudadanos y la que mejor puede conocer las necesidades de sus vecinos. Además, su proximidad y cercanía asegura una respuesta más ágil y más eficaz a las demandas de la comunidad.

Pero conviene recordar que esta idea sólo tiene 30 años de edad, que antes ni siquiera existía, y que hacerla realidad es un mérito tanto de las corporaciones democráticas, que han tenido que desenvolverse siempre con dificultades y con escasez de medios, como de los propios ciudadanos, que han mostrado una madurez extraordinaria para adoptar

un papel activo y participar de manera constructiva en el desarrollo del modelo de la gestión de su propia ciudad.

De hecho, el 3 de abril de 1979 fue una fecha que supuso no sólo el inicio de la prestación de más y mejores servicios de los ayuntamientos para sus ciudadanos, sino que también significó un gran paso en el desarrollo y la consolidación de la democracia en nuestro país, ya que impulsó la participación de los vecinos en la actividad municipal tal y como propugnan los principios constitucionales.

Toda esa trayectoria de tres décadas ha dado lugar a que se haya producido un cambio de paradigma en el discurso sobre la autonomía de los municipios. Si en otro tiempo se asumía que los ayuntamientos representaban instancias administrativas en el ámbito local, hoy es moneda corriente comprenderlas como expresión de un auténtico nivel de gobierno.

Hemos evolucionado de la Administración Local al Gobierno Local. Y esa evolución, ese cambio en el modo como entendemos las funciones de los ayuntamientos trae causa, en buena parte, de las dinámicas participativas que han logrado crear, de las políticas innovadoras que han puesto en marcha, de las técnicas de gestión que han aplicado; en definitiva, de la imaginación política con que se ha dado respuesta a las necesidades e intereses de los ciudadanos.

Municipios y provincias no se han limitado a ser meros ejecutores de los mandatos de la Ley, como corresponde propiamente a una Administración, sino que han sido centros de creación de política, de política municipal.

Después de todo, como señaló John Stuart Mill, el municipio es la escuela de espíritu público. Es el espacio en el que el individuo percibe que forma parte de la comunidad, que su interés personal no es la medida de las acciones colectivas, sino que éstas deben justificarse apelando a un bien público más amplio.

Se trata, en consecuencia, de hacer frente a las necesidades del presente, pero también de atender las demandas del porvenir, pues es indudable que, históricamente, las ciudades han sido las grandes catalizadoras del futuro.

Se ha dicho, y creo que con acierto, que el siglo XXI es el siglo de las ciudades. O mejor dicho, será un nuevo siglo de las ciudades, como lo fueron otros en el pasado.

La novedad radica en que, en este nuevo milenio, el proceso de globalización de las distintas esferas de la vida y la consiguiente difuminación de las fronteras están transformando el espacio en el que se desarrolla la política y la economía.

En la aldea global en que se ha convertido el mundo, los Estados pierden la exclusividad de la que gozaron en épocas anteriores en favor de las organizaciones supraestatales, por un lado, y de los entes subestatales, por otro.

Esa doble dirección tiene también un doble sentido, que se ha puesto de manifiesto de forma clamorosa en la crisis económica y financiera internacional por la que atravesamos: el mundo reclama cada vez más centros de coordinación y diálogo en el que tratar adecuadamente los problemas que escapan a las decisiones nacionales. Y, al mismo tiempo, reclama más innovación, más capacidad de anticipación, más visión de futuro; en definitiva, más ingenio.

El lugar idóneo para desarrollar colectivamente esas cualidades es la ciudad, el municipio, el espacio comunitario más cercano y próximo en el que construimos nuestra identidad pública, cultivamos las virtudes cívicas y deliberamos acerca de cómo hacer una vida mejor.

Reivindicar el municipalismo es, pues, tanto como reivindicar la posibilidad de que nuestras sociedades estén mejor preparadas para afrontar los retos del futuro.

Uno de esos grandes retos, uno de los grandes asuntos que marca la agenda mundial, como han señalado recientemente el G-20 y otros organismos mundiales, es la necesidad de avanzar con decisión hacia una economía más sostenible, de manera que las mismas causas no vuelvan a producir los mismos errores que nos han llevado a esta situación de crisis económica global.

Hoy, los municipios están llamados a desempeñar un rol fundamental en la labor de construir una economía que funcione de modo más sostenible. En la sociedad que nos toca vivir, de manera progresiva, lo local interactúa directamente con lo global y, a su vez, lo global se instala en lo local. De hecho, los problemas globales no son un Goliat frente al que el David de lo local quede inerme. Hay soluciones locales para problemas globales.

Tenemos que interpretar el crecimiento económico y el bienestar en claves de sostenibilidad y, en esa dirección, la ciudadanía nos pide algo más que declaraciones de principio. Nos insta a buscar soluciones concretas, basadas en diagnósticos reales, con hipótesis y proyectos viables, y no de laboratorio. Ser abanderados de la sostenibilidad, significa hacerla posible y tangible para todos.

El ciudadano necesita “ver la sostenibilidad”, es decir, vivirla y apreciar sus ventajas. Y ahí entra con toda su fuerza la política local apostando, como lo hace Sevilla, por una ciudad proclive a la innovación y al desarrollo tecnológico, una ciudad limpia, con menos ruidos, con menos contaminación, con más zonas verdes, en la que se ahorra energía, con accesos al medio natural más próximo y, sobre todo, por una ciudad en la que sea posible que los ciudadanos convivan.

Permítanme que les ponga algún ejemplo: de los 13.000 kilómetros anuales que recorre un occidental medio, sólo 500, esto es, un 4%, los hace a pie, lo que produce situaciones tan paradójicas como injustificadas. Cada vez hay más personas que madrugan para

hacer footing o para ir a un gimnasio, y después, cogen el coche para recorrer los pocos kilómetros o incluso centenares de metros que les separan de su trabajo.

En las grandes ciudades de España, el 10% de los viajes en coche son para recorrer distancias menores a los 500 metros. Teniendo en cuenta que en las 17 ciudades españolas de mayor tamaño se realizan en un día laborable alrededor de 13 millones de viajes en vehículo privados, nos encontramos con que nada menos que un millón de esos viajes se hacen para cubrir unos centenares de metros, con un coste de más de un millón de litros de combustible al día.

En este sentido, actuaciones inteligentes y coordinadas como las que viene realizando el Ayuntamiento de Sevilla a favor de una movilidad sostenible son una valiosa aportación no sólo a la calidad de vida de los ciudadanos sino a la solución de grandes problemas globales.

Igualmente, las ciudades forman los epicentros de la nueva economía del conocimiento, que ha de tener como base una apuesta decidida por la investigación, el desarrollo y la innovación.

A través de las políticas de ciudad se puede incidir en ese proceso: promocionando la creación de clusters de industrias intensivas en conocimiento y con alto valor añadido, atrayendo el talento e las ideas, mejorando las infraestructuras y ofreciendo apertura y espíritu emprendedor.

También en este terreno Sevilla tiene mucho que decir, porque mucho es lo que está haciendo. El reciente vuelo inaugural del A-400 M ha sido una muestra de la pujanza de una de las industrias del futuro, la aeronáutica, en cuyo florecimiento cuenta la tradición industrial de Sevilla, pero también la apuesta decidida, no siempre bien comprendida, por parte de las administraciones públicas, empezando por el propio Ayuntamiento.

Pero también en otros sectores, Sevilla está hoy en vanguardia en la labor por un desarrollo sostenible: la investigación a través de sus universidades y Hospitales o el Instituto de Biomedicina; las energías renovables, en las que esta ciudad es sede de empresas líderes a nivel mundial; el Parque de la Cartuja, que se ha convertido ya en la infraestructura tecnológica que proporciona más empleo en España; las comunicaciones de última generación, en trabajo conjunto con otras administraciones, como el Metro, el Metrocentro, el AVE, la M-40 o la nueva esclusa, que ampliará las oportunidades del puerto.

Todos ellos son exponentes de un modelo de ciudad que está poniendo las bases de un fortalecimiento industrial avanzado que hará que, a la salida de la crisis, que ya empezamos a vislumbrar, Sevilla tenga unas ventajas comparativas que la situarán de forma muy favorable en unas nuevas circunstancias de recuperación y crecimiento económico.

En el contexto de este mundo globalizado y del creciente protagonismo de las ciudades, no debemos olvidar el reto de convertir las ciudades en espacios de oportunidades para todos. Las instancias locales son las mejor situadas para acometer la imprescindible labor de evitar que la diversidad creciente de nuestra sociedad se transforme en la aparición de nuevas desigualdades y exclusiones.

Para terminar, y por volver al libro que presentamos, podríamos decir que nuestros Ayuntamientos y, en este caso de forma muy especial, el de Sevilla, forman parte del paisaje de nuestras vidas; han estado y están en los momentos difíciles y nos han ofrecido y nos ofrecen espacios de alegría; han escuchado nuestras quejas y han ensanchado nuestras posibilidades.

La cercanía no es sólo una dimensión espacial. Es, también, y sobre todo, una implicación sentimental: cifra de un sentimiento cívico y de empatía ciudadana consustancial a la formación de la comunidad política. La ciudad es la expresión de nuestra vida social, nos hace ciudadanos y nos permite generar valores sociales que son fundamentales aunque a veces no seamos capaces de medirlos bien y apreciarlos en toda su dimensión, valores como la conservación de la naturaleza, la innovación, la cohesión social o la variedad cultural.

Treinta años después de que la democracia entrara en nuestros Ayuntamientos, éstos siguen y seguirán siendo un pilar fundamental sobre el que construir un país más libre y más avanzado, más tolerante, más comprometido con la igualdad, y en el que se goce de más bienestar.

Por esos objetivos han trabajado las diversas corporaciones locales de Sevilla en estas tres décadas pasadas, y ésa es la esperanza de nuestro trabajo futuro.

Gracias y enhorabuena, de nuevo, a los autores.